

# Ostieles

**L**a primera vez creyeron que estaba muerta. Ignacio había mirado el cuerpo de Ostieles tendido sobre un lado de la cama, y el camisón celeste que en lugar de colgar desde las puntas de sus huesos hacia abajo, parecía trepado a ella por una especie de angustia material, o por esa visible naturaleza de esclavitud que tienen las telas de los camisones. Ignacio miraba el pedazo de sábana donde quedaban sus rastros de haber dormido durante la noche, y era como si una tempestad hubiera barrido toda vida de esa cama; como si algo hubiera sorprendido el salir del sueño en su esposa, dejándola sin despertar; una mano de hielo enterrada dentro de su cuerpo. Y ahora el silencio. Una quietud que Ignacio creyó imposible de ser lograda por cualquier mujer, estuviera viva o estuviera muerta.

La vieja Guadalupe entró en la casa recién instalada la siesta. Abrió la puerta de la habitación como si fuera su propia habitación, como si ese lugar le perteneciera. Caminó hasta la cama, se sentó en una silla y, apretando sus labios resumidos de mujer milenaria, miró a Ignacio:

— No está muerta, te digo. Yo la conozco desde que era chica y te digo que no está muerta.

Al tercer día las paredes de la habitación se habían puesto gruesas y azules. El revoque, dividido en láminas de humedad, a medida que éstas se resecan, iba volviéndose tan frágil como las alas de los agluaciles. Parecía deteriorarse más que nada por un efecto de contraste; los brazos de Ostieles no conducían al menor indicio de herrumbre. No había en sus piernas una sola mácula de muerte. Pero sí había esa quietud. Esa quietud diferente a la del vaso con agua sobre la mesa de noche, diferente a la de la lámpara. Una quietud que parecía moverla y desdoblarla en la velocidad de los siglos, o hacerla estar a punto de respirar. Un instante continuo entre el empezar a moverse y el ya haberse movido. Quizá eran los ojos de

Ignacio. Miraba tanto los dedos de Ostieles apoyados sobre el canesú del camisón, que desencadenaba estremecimientos en las junturas de sus pequeños huesos.

La vieja Guadalupe permanecía día y noche sentada en una silla junto a la cama. A media tarde se dormía con la boca abierta; cuando el cielo se ponía oscuro, preparaba té.

— ¿Y Mariana? —le decía a Ignacio—. ¿Dónde dejaste a tu hija que no está aquí con su madre?

Ignacio no le contestaba. Entonces Guadalupe hacía silencio y se llevaba la taza de té a los labios.

La mañana del quinto día, Ostieles movió un pie; esa misma tarde ya estaba en la cocina haciendo empanaditas de dulce de membrillo, casi sonriente, como si los días anteriores a éste no hubieran existido. Guadalupe la miraba sin asombro; Ostieles era el calco de la abuela.

El desánimo de Ostieles había estado siempre anidándola, o por lo menos mucho antes de que empezara a invernar en estos sueños vegetales que se anteponen a la muerte. No era desvarío del cuerpo ni abatimiento en las delgadísimas venas verdes de sus brazos, pero tras cortos períodos de alegría se la veía completamente ajena, desencantada de todo, con el pelo rubio sin trenzar, huraña, y un agotamiento de vivir igual que si aquellos veintidós años le significaran una carga de sangrar.

Ostieles se había casado con Ignacio, siendo todavía demasiado joven. Dejó la infancia rápidamente para ver si el matrimonio ponía a sus pies lo que ella siempre había esperado, y todas las mañanas, entonces, se dedicó a acompañar a su esposo hasta la puerta de la casa. Ostieles lo miraba alejarse por la última calle del pueblo, lo miraba licuarse en la luz del sol y descubría que la ropa que él llevaba puesta, y aún la ropa que quedaba doblada en su ropero, había sido hilvanada para un destino de oscuridades. Lo amaba. Pero quién aseguraba que eso era amar. «Yo soy la que dice que esto es amar» pensaba, y se mordía los labios con una gracia de la que no se daba cuenta.

Cuando Ignacio estaba fuera, Ostieles dormía de pie en la habitación; la entristecía hasta las uñas mantenerse despierta. Los largos mechones de pelo rubio se le ponían mustios y delgados, igual que si hubiera sido peinada con arena de un desierto. Andaba por la casa hacia ninguna parte, desconociendo todos los objetos, o se entretenía escarbando polvillo de un azulejo roto en la pared del baño. Cuando nada de eso le venía bien, prefería lo inevitable, dormir de pie o acostada en el suelo; nunca sobre la cama, por si llegaba a tomarla como hábito. A veces, en verano, cuando ya dormida le quedaban aún atributos de mujer despierta, sentía que su cuerpo se llenaba de moscas. Y las dejaba. Las dejaba caminar por unas

piernas abandonadas que ya no pertenecían a ella, sino a la mujer que dormía tirada en el suelo. La boca sobre el embaldosado para probar si aquello que siempre había estado esperando, aquello que nunca aparecía, era visible a esa ínfima altura de la tierra. Capturarlo. Y tampoco estaba allá abajo con las moscas. Qué era aquello. Era la felicidad o qué. Acaso con tener en ese instante toda la felicidad delante de los ojos, ella se sentiría conforme, o sonriente, o fulgurante. «Cómo es que supe que aquello tiene que existir» se decía golpeando el puño contra una de las patas de la cama. Le daba esperanza momentánea el que se fuera aproximando en su deseo; vivía ya, sobre el territorio incierto e impalpable de un deseo. Había esperado que sucediera al tocar el pálido cuello de Ignacio, que era igual que tocar la columna de un santuario de humo; había esperado la primera noche de matrimonio, la segunda, la tercera; había esperado cuando nació su hija Mariana, cuando a los tres años de edad la paró sobre la mesa y le hizo los rulos y esperó, y después la miraba de cerca, de lejos, la cabeza quietita llena de rulos y todo seguía igual. Entonces le daba de comer, le limpiaba la boca con un repasador y la soltaba en medio del patio a que se las arreglara ella sola con sus rulos porque era verano, porque a Ostieles no le quedaba más remedio que acostarse en el suelo de la habitación bajo el silencio de las moscas.

Recordó que en una época tuvo ilusiones de encontrar aquello en hacerse un pequeño doblez en la manga de su vestido, o en usar una rosa de papel con una cinta atada alrededor de su cuello. Le sentaba bien, le daba ilusiones, pero siempre era lo mismo. Era como si aquello que esperaba habitara en un lugar donde las cosas nunca suceden; porque las cosas que tenían la facultad de suceder eran de diferente origen; por el simple acto de haberse metido en la realidad perdían la virtud de las que nunca sucederían.

Ostieles se espantó las moscas, fue hasta la cocina. Hirvió agua para hacer té y sacó un pedazo de pan de la bolsa. Ignacio no quería que mojarra el pan en el té, pero Ignacio no estaba en casa y ahora veía por la puerta que daba al patio la manita de Mariana, casi invisible, saludándola de lejos entre los árboles. Ostieles respondió levantando apenas su mano. Luego mojó el pedazo de pan en el té y todo siguió igual.

Al llegar el invierno, Ignacio no se atrevía a salir de la casa. El último fin de semana, Ostieles se había puesto tan rubia que él tuvo miedo de dejarla sola hasta la noche. Le vino a la memoria algo que oyó una vez; que a la madre de Ostieles se le aclaró el pelo de golpe y ese día una cosa terrible había pasado. Fue después de recordar aquello cuando Ignacio hizo traer de visita a la vieja Guadalupe para que no le perdiera de vista.

Guadalupe usaba el pañuelo abollado metido en el puño de la camisa y de joven había conocido a toda la familia de Ostieles. Ahora tenía el pelo

rojo y desgredado, y no dejaba sola a Ostieles ni para ir al baño. Hablándole sin detenerse, Guadalupe se esmeraba en hacerle recordar proezas infantiles en casa de su abuela María Teresa; momentos que Ostieles conseguía tener nítidos sin esfuerzo, y que nunca creyó que alguien más, excepto su abuela, pudiera conservar con tanto detalle. Cuando Ignacio llegaba cerrada la noche, Guadalupe volvía a su casa.

— Quédete tranquilo —le decía antes de irse—. Como si no la conociera yo.

En los días que siguieron, Ostieles no logró ponerse de pie. A duras penas tomaba agua que Guadalupe le ponía de a cucharadas en la boca. Cuando se quedaba sola en la habitación, su único fin era llegar a la ventana, cerrar las hojas de madera y exterminar aquella luz de la siesta que le agusanaba los ojos. Cubría con sábanas las ranuras de los postigos; hasta el mínimo rayo de esa luz se enterraba en sus pupilas igual que un arpón de veneno. Luego volvía, adormecida, trepando por la cabecera oscura de la cama, llevando las piernas amortajadas en su camisón celeste como una añadidura de pez.

Cada noche tenía más deseos de caerse dentro de ella misma y desaparecer. Si le daban algo de comer, tenía la sensación de que la comida se le subía a la cabeza; primero era un chillido, luego un movimiento pesado en el interior, como si algo se asentara en esa pequeña oscuridad, en el hueco de una madriguera cavada en su cerebro.

Entonces una mañana, por primera vez, sucumbió en aquel sueño vegetal. Dejó el cuerpo intacto dentro del camisón, y la voz de Guadalupe que le acompañó un instante, muy lejos, diciendo que no estaba muerta. Una semana después hacía empanaditas de dulce de membrillo en la cocina.

Mientras Ostieles cocinaba con un inusitado desdén, Ignacio la miraba en silencio sentado en una silla. No era el desdén habitual. Era un desdén encantador, formado de finísimas gracias femeninas. Ignacio miraba el resplandor de la tarde subiendo por sus mechones amarillos y luego retirándose; pero sobre todo miraba ese tobillo blanco asomando de entre los pliegues del camisón; no temblaba en absoluto. Resistía con su contorno de niebla todo aquel peso de estatura resucitada.

Guadalupe ni la miraba ni se sorprendía; ponía panes untados con manteca en las manos de Mariana. La súbita recuperación de Ostieles le era completamente familiar. La abuela María Teresa había hecho lo mismo alguna vez, resbalarse sin medida bajo el agua de sus infiernos verdes y volver luminosa. Los que la conocieron de cerca no se explicaban cómo podía ser que una mujer a la que nada la conmovía, a la que no sería capaz de ponerla medianamente feliz el mismísimo Dios sentado en el living de su casa, estuviera de un día para otro con algo similar a una son-